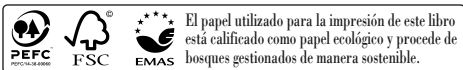


BIBLIOTECA  
**TOTI MARTÍNEZ DE LEZEA**



erein

**MAREAS**



Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra ([www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com); 91 702 19 70 / 93 272 04 47).

*La edición de este libro ha sido subvencionada por el Departamento de Cultura y Política Lingüística del Gobierno Vasco.*

1.ª edición: noviembre 2023

Diseño de la colección y portada: Aritz Albaizar  
Maquetación: Erein

© Toti Martínez de Lezea  
© EREIN. Donostia 2023  
ISBN: 978-84-91109-921-5  
D.L.: D 955-2023

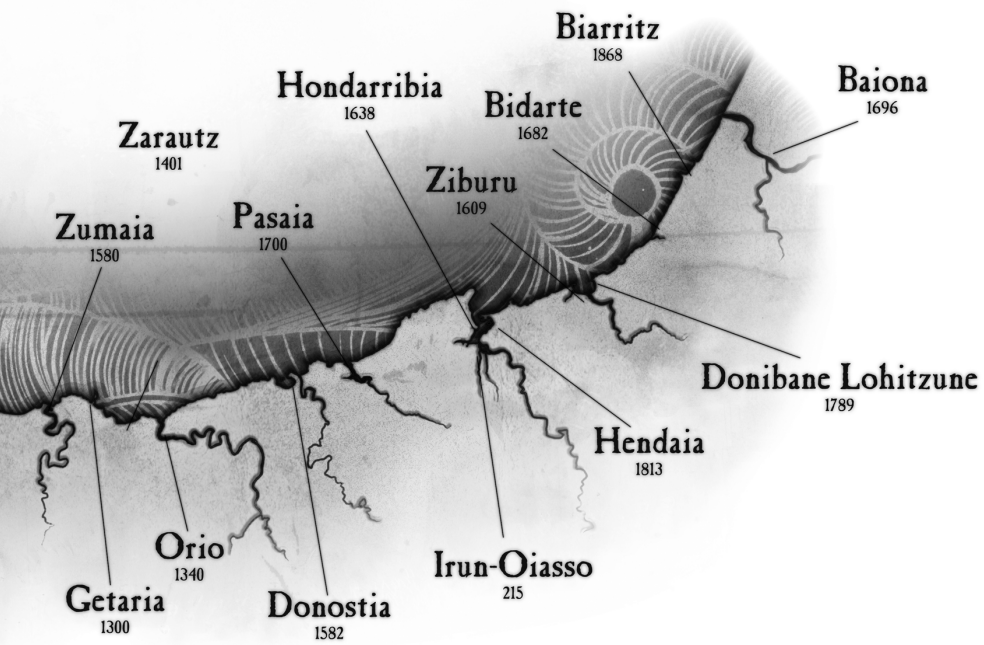
EREIN Argitaletxea  
Tolosa Etorbidea 107  
20018 Donostia  
T 943 218 300  
[erein@erein.eus](mailto:erein@erein.eus)  
[www.erein.eus](http://www.erein.eus)    

Imprime: Gertu inprimategia  
Zubillaga industrialdea, 9  
20560 Oñati, Gipuzkoa  
T 943 783 309  
[gertugrafika@gmail.com](mailto:gertugrafika@gmail.com)  
[www.gertu.net](http://www.gertu.net)

BIBLIOTECA  
**TOTI MARTÍNEZ DE LEZEA**

# **MAREAS**





Azken arnasa ematen dugu  
eguzkitik eguzkira  
Azken arnasa eman nahi nuke  
itsasoari begira.

*Itsasoari begira*

JON MAIA - BENITO LERTXUNDI



## *La otra historia*

**S**oy mujer, y soy vasca, de la costa. No sé cuándo nací, hace mucho sin duda. Mi memoria se enturbia y apenas recuerdo el largo tiempo trascurrido en la cueva donde busqué cobijo junto a los míos. Descendimos siguiendo las aguas de los ríos y construimos nuestras chabolas de madera y barro a orillas de un mar iracundo a veces, siempre hermoso. He sido autrigona, várdula, caristia, vascona, romana, normanda y también aquitana.

He sido viuda y huérfana de pescadores, he visto morir a mis hombres, tragados por esa mar que tanto nos da, y tanto nos quita. He cosido redes hasta perder la vista y he limpiado pescado, que he puesto en salmuera y en escabeche. He cocido la carne de la ballena para extraer el saín, también he cocido sus huesos, y los he raspado y pulido para fabricar agujas y peines, corsés que aprisionan el talle, incluso muebles y vallas. He pasado la vida en los arenales, secando, salando, enfardando el bacalao y, en ocasiones, transportándolo en carros hacia el interior, y he recorrido largas distancias, los pies descalzos, la cesta en la cabeza, para vender el pescado. No he sido marino ni pescador; no he sido descubridor, aventurero o corsario, pero sí batelera, gabarrera, sirguera, moza de carga y descarga en los muelles, armadora de barcos y comerciante.

He cardado la lana de las ovejas, hecho hilo en la rueca, tejido la ropa de la casa, cosido la de toda la familia. Tengo sabañones en las manos de lavar en las frías aguas del río; he tendido la ropa al sol, la he encañonado, planchado. Me he ocupado de la huerta, de hacer el pan, ordeñar las vacas, batir

la mantequilla, atender el gallinero, elaborar chorizos y morcillas, cocinar y fregar.

He sido obrera en las minas y en las fábricas, señora y criada, pobre y rica, monja, *serora*, hospitalera, partera, curandera, *ferrona*, prostituta, e incluso bandida.

He amado y he sido amada por voluntad propia o, simplemente, porque el destino así lo ha dispuesto. Me han violado, engañado, repudiado, abandonado, humillado. Aunque, todo hay que decirlo, en ocasiones también yo he sido infiel, egoísta, asesina, autoritaria.

He empuñado las armas para defender mi libertad y he matado a mis retoños para que no fueran esclavos, antes de darme yo misma la muerte. He visto matar y morir a mis hombres, padres, maridos, hermanos, hijos, en lucha contra el invasor. Yo también estaba allí, peleando, matando y muriendo. Pero, asimismo, los he visto combatir entre ellos por el honor mal entendido, por poder, por ambición, por nada, pues poco hay lo suficientemente importante que merezca una vida. A mí me ha tocado enterrarlos y llorar su pérdida.

He sido madre y he parido y fallecido al dar a luz infinitas veces. Me han robado a mis criaturas recién nacidas; otras veces han muerto en mi vientre. Las he criado, a menudo sola, y he huido con ellas en busca de refugio cuando mi hogar ha sido destruido por las bombas o por el fuego. He sido exiliada y emigrante, en tierras cercanas y lejanas, y no he vuelto. También he abandonado el lugar que me vio nacer y he venido aquí en busca del pan para mis hijos. He hecho mía esta tierra, pues es el suelo que piso, donde crío mis simientes, donde exhalaré el último aliento.

He adorado a la diosa de los antiguos, y también a la madre de Cristo. Me han quemado viva, empozado, descuartizado por

ser mujer, por creer y repetir lo aprendido de mi madre, quien a su vez lo aprendió de la suya; por no entender lo que me preguntaban. Me han perseguido por ser bruja, judía, gitana, pagana, herética, gamboína, oñacina, liberal, carlista, monárquica, republicana, de derechas, de izquierdas, comunista..., por ser vasca.

Me han prohibido estudiar, viajar, amar a otras mujeres, decidir sobre mi propio cuerpo y sobre mi vida.

Millones de veces he contemplado la salida del sol por encima de las montañas y lo he visto ocultarse en el mar. He bailado al son del *txistu* y el tamboril, he repetido las antiguas leyendas y cantado viejas canciones de cuna. Me he sentado en la silla de la *etxeakoandre*, y he visto crecer a mis hijos e hijas, a mis nietos y a mis bisnietos; los he visto hacerse hombres y mujeres de bien, también de mal, pues la simiente siempre es la misma, pero la raíz sale a veces torcida.

He conservado la herencia de los antepasados mientras mis hombres desaparecían en busca de la ballena, embarcados en la aventura, o inmersos en guerras ajenas. He mantenido la hacienda familiar; me he ocupado de la casa, de los hijos, los ancianos, los enfermos, las huertas y los animales. He sido arrinconada y alejada de las fuentes del saber y, no obstante, he transmitido la lengua, la palabra, el aprendizaje no escrito, las creencias, la tradición. He trabajado durante toda mi vida, y he preservado y legado lo mejor de mí misma.

Continúo aquí, al igual que el roble cuyas raíces se hunden en lo más profundo y que extiende sus ramas hacia el cielo. Soy el comienzo y seré el final. He reído y he llorado, pero ante todo he amado, y amo, este rincón del mundo junto al mar donde vivo, y muero.

## *La mujer sabia de Praileaitz*

*Deba, a. C.*

**O**h, madre de la tierra y del mar, del sol y de la luna, del día y de la noche, poderosa y clemente, señora de las aguas y de los vientos, protege a tu pueblo, vierte sobre nosotros tus bienes, riega nuestros bosques y campos, llena nuestros ríos y el vientre de nuestras mujeres, tensa el brazo de nuestros cazadores y acógenos en tu seno cuando llegue el momento.

La mujer sabia de Praileaitz, elegida para sanar, comunicarse con los espíritus, adivinar el futuro, preservar la memoria e intermediar entre los dioses y los humanos, recitaba las plegarias rituales a fin de implorar la protección de la Diosa delante de la entrada de la cueva, al tiempo que extendía los brazos como queriendo abarcar la agreste Naturaleza que la rodeaba. Vestida de pieles, el cabello abundante cubriéndole el rostro, los brazos tatuados con colores ocres, y adornada con varios collares de cuentas negras, *Ké* repetía la letanía aprendida de su predecesora, observada por un nutrido y silencioso grupo de hombres, mujeres y niños llegados de los alrededores.

Finalizada la ceremonia, penetró en la cueva seguida a cierta distancia por los demás; atravesó la primera cámara y continuó caminando hacia el interior, hacia otra más amplia, aunque asimismo más oscura, iluminada por el fuego de una hoguera que ardía en el centro y se sentó en el asiento de piedra que, a modo de trono, presidía el lugar. Las mujeres, entonces, fueron depositando a sus pies las ofrendas: pieles, carne seca, cuencos con granos, hortalizas, dientes de cabra y piedras del río y de la orilla del mar, cantos rodados de formas alargadas, en su mayoría

de color negro. Después todos salieron y ella permaneció sola en la cueva que había sido su hogar durante la mayor parte de su vida; acarició la piedra que colgaba de su cuello y las yemas de sus dedos rozaron las muescas hechas, una por cada invierno transcurrido en su soledad.

No era sino una niña cuya sangre no había aún resbalado por sus piernas cuando fue llevada a Praileaitz junto a otras, más o menos de su edad. No era la primera vez que acudía al santuario de la mujer sabia, pero esta vez era distinto. Su madre y otras mujeres de la tribu la bañaron en el mar, restregaron su piel con helechos, la vistieron con una piel sin usar, le desenredaron el cabello con un rascador, de los utilizados para limpiar el cuero, que le arrancó gritos de dolor, y le colocaron en la cabeza una guirnalda trenzada con hierbas olorosas. Tanta preparación tenía que ser para algo importante, se dijo no sin cierta preocupación. Al llegar al santuario, fue colocada junto a niñas de otras tribus y allí esperó, al igual que sus compañeras, a que se desvelara el misterio.

La mujer sabia las escudriñó una por una, palpó sus cuerpos, examinó sus dentaduras y le hizo la misma pregunta a cada una:  
—¿Dónde está la madre?

Sorprendidas, todas respondieron señalando a sus respectivas madres, menos dos huérfanas que permanecieron calladas, y Ké, la última de la fila. Era una pregunta demasiado fácil; estaba convencida de que no la habían lavado y restregado para responder a algo tan sencillo. Su mirada se posó en su madre; la conocía bien y, pese a su aparente tranquilidad, el ligero balanceo de su cuerpo demostraba que estaba nerviosa o, más bien, ansiosa. Después miró a la mujer sabia. Apenas podía descubrir su cara bajo los cabellos, pero sentía que la escrutaba con la misma intensidad que un águila a su presa.

—Aquí —respondió al cabo de unos instantes.

—¿Dónde es aquí? —preguntó de nuevo la mujer sabia.

—En la cueva, en el interior de la tierra. Y también en los árboles y en las rocas, en el agua y en el aire —añadió para dejar claro que había escuchado con atención a las ancianas cuando hablaban de la diosa *Lur*, *Ama Lurra*, la Madre Tierra.

No estaba segura, pero le pareció ver un destello entre la maraña que ocultaba el rostro de la mujer sabia, quien, para su sorpresa, le colocó aquel mismo colgante que ahora acariciaba. Miró a su madre y ella la sonrió, orgullosa, feliz. Todo fue muy rápido a partir de entonces. Las gentes empezaron a salir del santuario por grupos, primero las llegadas de las tribus más alejadas, finalmente las de la suya. Avanzó dos pasos para salir ella también, pero su madre le indicó con un gesto que debía quedarse allí. No lo entendió y tardó muchas lunas en entenderlo. Nunca más volvió a la orilla del mar, no corrió por la arena fina, ni recolectó conchas y caracoles; no ocupó su lugar alrededor de la hoguera para escuchar cómo su tribu se había asentado en aquellos parajes tras los grandes hielos; no danzó a la luz de la diosa luna, ni trenzó la corona de ramas para elegir entre los hombres a quien sería su compañero, y tampoco fue madre. Hubo de permanecer junto a la mujer sabia hasta que murió y ella ocupó su lugar. Aún ahora, después de tanto tiempo, se preguntaba por qué no señaló a su madre, al igual que habían hecho las otras. Habló más de la cuenta y se condenó a una vida de soledad que no deseaba.

El aprendizaje fue duro, muy duro. Pasó muchos días sin comer ni beber. En ocasiones, la mujer sabia desaparecía durante varias jornadas y ella permanecía sola escuchando el golpeteo de las pezuñas de ciervos y cabras que, en la oscuridad, imaginaba eran los genios de la noche que venían en su búsqueda.

Oía el viento ulular, voces del más allá, espíritus que se colaban entre las ramas de los árboles, y se acurrucaba en el fondo de la cueva confiando en que no se percataran de su presencia en el lugar sagrado reservado únicamente para las elegidas, ansiando que aquel mal sueño fuera solo eso, un mal sueño del que despertaría en cualquier momento. Sin embargo, poco a poco, fue acostumbrándose a su nueva vida. El recuerdo del mar de su infancia, del cálido cuerpo de su madre entre cuyos brazos se dormía, las risas de sus compañeros de juegos, las reuniones junto al fuego, los gritos y las voces, fueron diluyéndose en su memoria como la niebla se disipa al amanecer de un día soleado.

La mujer sabia le enseñó a escuchar la voz del viento, a leer en las nubes y a descifrar el secreto de las estrellas. Le hizo recitar una y otra vez la historia de las tribus surgidas de la larga noche que cubrió la Tierra y la obligó a repetir las palabras sagradas, gestos, cantos, acompañándose con el sonido de la piel de carnero estirada entre cuatro varas de avellano que golpeaba con monótono compás. Le mostró el modo de pulir y agujerear los dientes de cabra, que servirían para hacer collares, y los cantos rodados para los adornos rituales, ofrenda única para la Diosa. Le hizo beber jugo de hongos a fin de viajar al mundo de los espíritus de la Naturaleza, comunicarse con ellos y recibir el conocimiento, pero fue ante todo su guía en el arte de sanar a los enfermos y de curar a los heridos mediante hierbas, raíces y sustancias vegetales que ella misma elaboraba.

Su maestra partió una mañana, cuando los campos se cubrían de perlas blancas y amarillas, los árboles retoñaban y las cosechas daban sus primeros frutos; volvió a la Madre Tierra, germen de vida, para renacer bajo un nuevo aspecto, quizás planta, o animal, o humano. Ké tañó la piel de carnero y, a su

llamada, llegaron las gentes del mar, las de la montaña, las de la llanura. Velaron su cuerpo al amparo de la Señora de la Noche; encendieron el fuego cuya luz le indicaría el camino al otro mundo; cantaron y danzaron en su honor y la sepultaron en lo más profundo de Praileaitz, en las entrañas de la Diosa. La nueva mujer sabia de las tribus de la región del mar supo entonces que la soledad la acompañaría hasta que llegara el momento de elegir a su sucesora.

Los inviernos se habían sucedido uno tras otro. Había sanado, curado y aconsejado incontables veces; aliviado el dolor, predicho el mejor momento para sembrar, hecho fértiles a las mujeres estériles. Era venerada, a la vez que querida y temida, por cazadores y recolectores, por guerreros, mujeres y niños, pues ella era la única capaz de responder a sus preguntas y comunicarse con la Diosa y los espíritus. Sin embargo, allí, sola en su cueva, sentada sobre la piedra ceremonial, se preguntó una vez más por qué razón no había señalado a su madre, por qué había sido ella la elegida.

*Oiasso*  
*Irun-Oiartzun, 215*

**A**urea recogió las ropas tiradas por el suelo de la habitación, las metió en el cesto, casi repleto y, a continuación, se dirigió al lavadero donde sumergió la colada en una de las piletas grandes repletas de orina y observó cómo los esclavos pisaban la ropa antes de volver a la casa de sus amos. Tendría que regresar al lavadero dos días después para recoger la colada ya lavada, seca y planchada. Al menos, se dijo, ella no tenía que pasarse horas pisando ropa a pesar de ser sierva y tampoco le iba mal, si se comparaba con otras muchachas en su misma situación. Ciertamente podía ser vendida, pero también podía comprar su libertad, si bien no recibía como salario otra cosa que la comida diaria y una túnica al año, por lo que nunca podría ser una mujer libre. Aun así, no se quejaba.

Había entrado al servicio de Julia, la mujer del rico Lucio Valerio Marci, demasiado joven, niña en realidad, para recordar a su familia, si es que alguna vez la tuvo. Por no saber, no sabía siquiera de dónde procedía. En sus recuerdos se mezclaban imágenes de montañas de cumbres nevadas, ríos de aguas heladas, de cabañas de madera con olor a humo, pero los rostros de sus padres y, quizás, hermanos y hermanas se habían diluido, transformándose en sombras borrosas, espíritus de otro tiempo imposibles de recuperar. A veces, soñaba que regresaba a aquel lugar y era recibida con abrazos y besos, al igual que veía hacer a las madres de Oiasso con sus hijos. En lo que alcanzaba su memoria, a ella nadie la había abrazado nunca.

Por otra parte, la Naturaleza no la había dotado con la gracia y belleza de Valeria, la hija de sus amos, a quien vestía y aromaba llenándose la boca con perfume y espurriando sobre su cara y su cuerpo, algo que odiaba, lo que era una suerte, ya que nadie se fijaba en ella y pasaba desapercibida, como las piedrecillas de la orilla del río que recogía y perforaba con una varilla, regalo del orfebre que tenía taller junto a las termas. Había ido a recoger un encargo de su ama y le había preguntado cómo podían agujerarse las piedras.

—¿Para qué quieres tú agujerear una piedra? —preguntó él a su vez.

—Para hacerme un collar —respondió, a la vez que le mostraba media docena de pequeños cantos redondos blancos y negros, casi iguales de tamaño, que llevaba en el bolsillo de su túnica.

El hombre sonrió, cogió uno de los cantos y lo puso encima de una mesa de madera, colocó la varilla encima y la frotó a gran velocidad con ambas manos hasta hacer un muesca redonda justo en el centro.

—¡Te llevará años hacer un collar! —rio tendiéndole la varilla. Aurea sonrió; tenía toda la vida.

No le llevó años, tan solo unos meses. Estropeó varias piedras, se hizo heridas en las palmas de las manos, pero continuó intentándolo hasta que logró perforar suficientes cuentas que enfiló en una hebra de lana. Por primera vez en su vida tenía algo verdaderamente propio y aquella noche durmió con el collar puesto. A la mañana siguiente, las piedras estaban esparcidas por la colchoneta y por el suelo, así que volvió a enfilearlas, pero, esta vez, en cordel trenzado, mucho más resistente que la lana. Después guardó su preciada joya bajo una piedra del suelo de la cocina en la que dormía, y comenzó un nuevo trabajo, una pulsera.

Al principio, los otros siervos, dos mujeres y un hombre, se reían de ella por perder su tiempo libre en algo tan inútil, pero empezaron a cambiar de opinión a medida que aumentaba su pericia. Por supuesto, aquellos adornos nada tenían que ver con las filigranas de oro y piedras preciosas que lucían sus amas y sus amigas: collares, anillos, pendientes, brazaletes, fíbulas... a cuál más exquisita y costosa, pero resultaban atractivos y, sobre todo, originales. La aprobación de sus compañeros, que pronto comenzaron a ayudarla aportando ellos también piedras curiosas y animándose a darle a la varilla, la alentó a probar cosas diferentes. Primero coloreó algunas de las piedras aprovechando la buena relación que mantenía con el viejo tintorero del puerto, a quien llevaba a teñir las togas de Lucio Valerio y las *pallas*, los mantos, de Julia y Valeria. El hombre le regaló un pequeño cuenco con tinte azul y le recomendó que dejara las piedras dentro hasta que el líquido se evaporase, aunque añadió que él jamás había tintado una piedra y que, en su opinión, era una pérdida de tiempo y, aún peor, un derroche de tinte. Más tarde se lanzó a grabar sobre las piedras líneas, círculos y orlas con un viejo punzón de escritura que su amo había desechado. Además del cordel de cuerda para enfilear las cuentas, también comenzó a utilizar tiras de cuero u otro tipo de materiales que encontraba en la basura de la *domus*.

Dos años después de su primera intentona, se había convertido en una artesana que, incluso, recibía encargos gracias, sobre todo, al parloteo de la guisandera que no se privaba de hablar en el mercado acerca de sus habilidades y lucía en dichas ocasiones el collar que ella le había regalado, uno formado por piedras planas y alargadas de color gris con estrellas coloreadas con tinte verde. Generalmente recibía una cinta para el pelo, un bollo de pan blanco, una pieza pequeña de tejido e, incluso, en

una ocasión, una marisquera le dio una docena de cangrejos a cambio de una pulsera de tres filas de cuentas pintadas; y también recibía alguna moneda, un sestercio por aquí, otro por allí, que guardaba debajo de la piedra de la cocina. Sin embargo, aquellas horas robadas al sueño o en ausencia de sus amos, el trato con personas ajenas a la familia a la cual servía y, sobre todo, que su trabajo se viera remunerado, aunque fuera de forma humilde, estaban transformando su manera de pensar.

Nunca había pensado que pudiera existir para ella una vida fuera de la casa de Lucio Valerio. No había sino ver a Emilia, la sirvienta personal de Julia, a quien esta había dado la libertad, pero que había continuado a su servicio, pues no tenía parientes ni adonde acudir. Emilia la había cuidado y le había enseñado a ser una buena sierva; era, por así decirlo, lo más parecido a una madre para ella y la llamaba *avia*, abuela. Así imaginaba ella su futuro, sin marido ni hijos, sirviendo a Valeria hasta que ambas fueran ancianas. La posibilidad de comprar su libertad era un sueño inalcanzable, pues el precio por una esclava joven rondaba los mil denarios, una cifra astronómica que sería incapaz de reunir en toda su vida, por lo que no le quedaba más remedio que ser obediente y trabajadora a fin de que sus amos estuvieran contentos y no la vendieran en el foro de Oiaso, donde todas las semanas se celebraba un mercado de esclavos. Hablaba su lengua, adoraba a sus dioses, comía su comida, le habían dado un nombre y era tan romana como ellos.

Sin embargo, y cada vez más a menudo, su atención se desviaba hacia unas gentes de aspecto hosco, cubiertas con pieles y extraños tocados en la cabeza, que hablaban una jerga ininteligible y con quienes se cruzaba en la calle o en el mercado. Algo, no sabía muy bien qué, le resultaba familiar en ellas.

—¿Quiénes son? —preguntó en una ocasión a la guisandera.

La mujer se hallaba negociando con un carnicero el precio de un lechón que pensaba rellenar con hojaldre, miel, laurel, pimienta y vino, y asar para el banquete que aquella noche ofrecía el amo al tribuno de la diócesis Galarium, de la cual dependía el puerto de Oiasso.

—¿Quiénes? —preguntó a su vez, atenta a los manejos del carnicero.

—Esos.

Aurea señaló a tres hombres que discutían a voz en grito con un comerciante, al parecer por el precio de unas ovejas encerradas en la empalizada reservada a los animales.

—Son pastores vascones.

—Pero... ¿de dónde son?

—De aquí.

—¿De Oiasso?

—De los alrededores. Se dedican al pastoreo y a la agricultura.

Quería seguir preguntando, pero la guisandera no estaba para charlas, atenta a que el carnicero no le engañara en el peso del lechón. Dejó pues a esta y se acercó al trío que discutía con el comerciante. No entendía ni media palabra de lo que decían, pero le gustó escuchar el sonido de un lengua que los romanos consideraban incivilizada, pero que a ella le resultaba cuanto menos curiosa. Observó a los tres hombres con atención, uno mayor y dos jóvenes. Vestidos de negro con túnicas cortas y calzones hasta los tobillos, pellizas de piel de oveja por encima y abarcas; no llevaban la barba rasurada y sujetaban sus cabellos con una cinta de cuero que les cruzaba la frente. Ciertamente eran unos montañeses incivilizados, pero atrayentes, en especial el más joven, bastante más atractivo que Cayo, el prometido de

Valeria, cuestor de Oiasso, encargado del Tesoro público, quien aprovechaba cualquier oportunidad para manosearla. Incluso había llegado a decirle que era obligación de toda esclava mostrarse amable con los invitados en una ocasión en que él le tocó los pechos y ella le dio un empujón.

—Vendrás a mi casa cuando me case con Valeria, y entonces yo seré tu amo y tendrás que complacerme, te guste o no —la amenazó.

También Emilia había complacido a Lucius Valerius, años atrás, cuando ambos eran más jóvenes y ella una niña que no entendía por qué su *avia* abandonaba el jergón que compartían en la cocina y regresaba sofocada y los cabellos revueltos al cabo de un largo rato, hasta que una noche la siguió hasta la habitación del amo. La idea de que Cayo pudiera hacer lo mismo con ella la ponía enferma, pero se consolaba pensando que, a fin de cuentas, no sería más desagradable que llenarse la boca con el costoso perfume de lirio que Valeria compraba al capitán de un barco que hacía la ruta Gadir-Lapurdum-Burdigala y atracaba en Oiasso cada año, a finales del verano. Tenía el aroma impregnado en el paladar y en la lengua, y ya ni podía distinguir el sabor de la comida.

Sumida en sus pensamientos, no se percató de que el más joven de los tres hombres se había acercado a ella y la contemplaba con una mueca que no supo decir si era amable o irónica. Notó que el calor le subía a las mejillas y se apresuró a reunirse con la guisandera, quien ya había acabado su trato con el carnicero y esperaba impaciente a que la joven cargara con el lechón para volver a la casa.

A partir de entonces, cualquier disculpa era buena para salir de la casa y deambular por las calles con la esperanza de ver al joven vascón. Hacía los recados para sus amas, corría al

mercado en cuanto algo faltaba en la cocina o aducía la necesidad de adquirir aceite para las lámparas. Además, casi todos los días, acompañaba al puerto a la propia Julia, a quien gustaba observar la llegada y partida de todo tipo de naves repletas de mercancías: lanas para Britania, maderas procedentes de África, perfumes e inciensos de Oriente, cántaros de aceite para las Galias, cueros de Germania, tejidos, inciensos, vajillas de plata o fina terracota, vasos de vidrio colorido, vinos, granos... La señora no se cansaba de examinar los géneros y encargaba a su secretario que tomara buena nota para luego informar a su marido. Lucio Valerio se había hecho inmensamente rico explotando las minas de plata del valle, si bien no era su propietario, pues las minas pertenecían al Estado romano y debía pagar una ingente cantidad por su renta. Pero la anarquía se había adueñado del antaño poderoso Imperio. Uno tras otro, los césares eran asesinados; la corrupción y abusos de la clase política estaban a la orden del día y se escuchaban rumores preocupantes en cuanto a la estabilidad de las provincias hispanas y otros referentes al posible cierre de las minas, que ya no producían tanto como antaño. Julia estaba convencida de que las cosas iban a cambiar en cualquier momento y de que era preciso estar prevenidos, de forma que ya casi había convencido a su marido para que adquiriera una embarcación y se dedicara al comercio.

Ajena a las preocupaciones y cavilaciones de su ama, Aurea buscaba al joven vascón entre la multitud que llenaba las calles, gentes procedentes de los lugares más diversos, cuyas voces alborotaban las cercanías, pero eran raros los hombres de cabellos largos vestidos de negro con pellizas de piel de oveja y abaracas anudadas hasta las rodillas. Los montañeses únicamente se acercaban a la ciudad para vender sus animales, la informó el

carnicero un día que la guisandera la envió a recoger un cordero lechal encargado la víspera.

—Vienen sin avisar, quiero decir que no tienen días fijos. Simplemente se presentan con sus ovejas, cerdos y gallinas, cobran y se marchan. Ni siquiera acuden a la taberna a emborracharse, como haría cualquier romano civilizado.

—¿Y las mujeres?

—A ellas se las ve más a menudo; suelen estar en el mercado de verduras. Se las reconoce fácilmente porque las jóvenes llevan las cabezas rapadas y las mayores unos tocados muy complicados.

Picada por la curiosidad, indicó al hombre que volvería enseguida y se encaminó al mercado. El lugar, junto al foro, era una amalgama bulliciosa de vendedores y compradores de hortalizas y animales vivos. Había estado allí en incontables ocasiones, esta vez, sin embargo, fijó su atención en las mujeres, en especial en aquellas que, tal y como había dicho el carnicero, llevaban el cabello corto o se cubrían con tocados, altos de media vara y envueltos en telas. Las había visto antes, naturalmente, pero siempre había creído que se trataba de esclavas las primeras y extranjeras las segundas, aunque, fijándose bien, no parecían ser ni lo uno ni lo otro. Se dirigían a los compradores chapurreando un latín mezclado con su lengua incomprensible, hablaban entre ellas y se reían con un desparpajo impropio de mujeres prudentes. La moda llegada de Roma imponía el cabello rubio, teñido con agua de potasio o azafrán, si bien las más ricas, como era el caso de la mujer e hija de Lucio Valerio, utilizaban pelucas empolvadas con oro cuya parecía divertir a las montañesas. Incluso le dio la impresión de que se burlaban de las damas que acudían al mercado, algunas en silla de manos, escoltadas por varios esclavos, aunque era imposible saber lo que

decían. Una de ellas se la quedó mirando y le dijo algo que no entendió.

—Es extraño —chapurreó la mujer en latín—, porque pareces una de las nuestras.

Su primer impulso fue echarse a reír. No había nada en ella que pudiera relacionarla con aquellas vasconas vestidas con túnicas cerradas hasta el cuello, casi calvas o encapirotadas. Se marchó sin responder y, nada más llegar a la casa, comenzó a agujerear una piedra para evitar pensar en algo que, una y otra vez, le venía a la mente. ¿Y si fuera cierto? ¿Y si también ella era una vascona? A pesar del ímpetu que ponía en girar la varilla, no podía dejar de pensar que, en realidad, no conocía su origen. En Oiasso había gentes de muchas procedencias y muy diferentes entre sí. Los había altos y rubios, bajos y morenos, incluso pelirrojos naturales; unos de piel blanca, otros, oscura; algunos de ojos azules, otros negros como el carbón, y, entre ambos, una gran variedad de colores. También estaban los extranjeros, que hablaban lenguas diferentes y se expresaban mal en latín, aunque estos llegaban en los barcos y partían al cabo de semanas o meses, pero ¿y ella? Sintió de pronto una gran necesidad de conocer a cuál de aquellas tribus humanas pertenecía y, tras darle varias vueltas, se atrevió a hablar con Emilia, la vieja criada que llevaba en la familia desde la boda de sus amos; ella tenía que saber de dónde había venido y cómo había aparecido en la *domus* Marcia.

—¿A qué viene ahora interesarte por tu origen? —le preguntó la mujer con desgana—. ¿No estás bien en esta casa?

—No es eso, me preguntaba... me gustaría saber..., por curiosidad.

—Olvida esas tonterías y ocúpate en hacer bien tu trabajo —fue la seca respuesta de Emilia.

No lo olvidó, e insistió de nuevo días después, mientras le daba un masaje de infusión de ortigas para el reuma de sus pies. La sirvienta habló esta vez, quizás porque la fricción aliviaba el dolor y deseaba corresponder a los desvelos de Aurea, o porque, en el fondo, la quería como a la hija que nunca había podido tener.

—Te trajeron con cuatro o cinco años y yo me encargué de ti.

—¿Quiénes me trajeron?

—Soldados. Hicieron una batida por los montes. Al parecer, te habías perdido y ellos te encontraron.

—¿En qué montes?

—Cerca de las minas.

—¿Hay alguna aldea por allí?

—Chabolas de pastores, creo, porque yo nunca he estado por esos parajes.

—Y... Emilia... ¿No sabrás cómo me llamaba cuando vine aquí? La mujer esbozó una media sonrisa antes de responder. Ella también tenía otro nombre antes de ser vendida a la familia de su ama Julia, un nombre que, en ocasiones, susurraba antes de dormir únicamente para escuchar su sonido: Ezozoia. Y también para recordar que una vez había sido libre.

—Ona —dijo al fin—. Decías que te llamabas Ona.

—¿Hablabas latín?

—No. Hablabas vascón.

—¿Vascón?

Aurea permaneció callada durante unos instantes intentando asimilar la noticia.

—¿Y tú? ¿También hablas esa lengua? —preguntó Aurea asombrada.

—La hablaba, pero eso fue hace mucho tiempo. Toda una vida... —suspiró—. Bueno, basta ya de charlas inútiles. Hay

mucho trabajo por hacer y no merece la pena dar vueltas al pasado.

—Pero...

—¡Nada de peros! Olvida esta conversación. Nuestro destino es el que es y demos gracias a los dioses por tener unos buenos amos.

No olvidó la conversación; muy al contrario, no se la quitaba de la cabeza y, cada vez que acudía al mercado, procuraba acercarse al grupo de vendedoras nativas. Se hacía la despistada, miraba para otra parte o fijaba su atención en otros tenderos, pero las escuchaba hablar intentando captar alguna palabra que le recordara algo de su infancia, aunque en vano. No recordaba, y ese no recordar la desazonaba en extremo, pero no podía hacer nada; conocía su nombre anterior, poca cosa para tratar de cambiar su vida y, de todas formas, ¿de qué le valdría saber su procedencia? Ella era una sierva romana, no una montañesa vascona, se decía una y mil veces, pero volvía al mercado en cuanto se le presentaba la menor oportunidad.

Un buen día, un par de meses después, el infortunio se abatió sobre la *domus* Marcia. A Lucio Valerio se le retiró el arrendamiento de las minas y se le exigió presentarse ante el tribuno de la diócesis para responder a varios cargos concernientes a su administración, entre ellos la considerable suma de talentos que adeudaba al erario público, así como la acusación de adquirir mercancías a cambio de plata no registrada en las cuentas. El cargo era grave y el cabeza de familia podría acabar no solo en la ruina, sino en prisión y, aún peor, ejecutado. Él, su mujer, su hija y el futuro yerno partieron, llevándose con ellos a Emilia y a la guisandera y dejando en la casa a Poncio, el viejo administrador doméstico, y a Aurea. Varias jornadas más tarde, un

correo militar les comunicó que sus amos tardarían en regresar; Lucio Valerio había decidido defender su causa en la misma Roma. La joven no tenía ni idea de dónde se hallaba exactamente la capital del Imperio, aunque la suponía en la otra punta del mundo, pero una cosa era cierta: durante la ausencia de los amos, debía mantener limpia la casa y preparar la comida para Poncio y para ella, el resto del tiempo era libre y no tenía que pedir permiso ni dar explicaciones a nadie de sus andanzas.

Una mañana acudió al mercado y decidió comprar manzanas en el puesto de las vasconas. Era la primera vez, ya que, normalmente, la guisandera se entendía con otros vendedores. Se dirigió a aquella que chapurreaba en latín y cogió una manzana.

—¿Te acuerdas de mí? —no pudo evitar preguntar.

La mujer, algo mayor que ella, se la quedó mirando y sonrió.

—Sí. Vienes a menudo por el mercado.

—¿Por qué dijiste que parecía una de vosotras?

—Porque no hay más que verte. «Ellas» —añadió señalando a un par de matronas que pasaban por su lado— son diferentes.

—¿En qué?

La mujer se echó a reír, dijo algo en su lengua y sus compañeras la acompañaron en las risas.

—Mi *avia* Emilia dice que me encontraron cerca de las minas cuando era pequeña y que mi nombre era Ona...

Apenas tuvo tiempo de darse cuenta de lo que ocurrió a continuación. Las mujeres cogieron los cestos de las verduras a toda prisa, la rodearon como si de una cohorte urbana se tratara y echaron a andar hacia tierra adentro, alejándose del puerto. Aurea no protestó, ni intentó escapar del círculo en el

que, de alguna manera, se veía prisionera. Estaba sorprendida, no sabía si para bien o para mal, aunque al mismo tiempo sentía gran curiosidad por conocer la razón de su «rpto». Intentó hablar con sus acompañantes, pero estas le sonreían y, a la vez, apuraban el paso.

Tras una larga caminata, a eso del mediodía, se hallaban ante una docena de chabolas de madera con los techos de brezo y arbustos. Las mujeres corrieron hacia las viviendas dando gritos y de ellas emergieron otras mujeres, niños y, para gran susto de Aurea, hombres de largos cabellos, cubiertos de pieles, que le miraban de forma extraña. Pensó en echar a correr antes de caer en manos de aquellos montañeses salvajes, pero no estaba acostumbrada a andar y le dolían las piernas tras la caminata, casi carrera, a la que había sido obligada. Por otra parte, quería saber el motivo de su secuestro aceptado. En unos instantes, se vio rodeada y examinada, incluso una anciana le tocó la cabeza, asombrada de que no estuviera rapada o de que no la llevara cubierta, eso fue al menos lo que imaginó al observar su gesto sorprendido. De pronto, se hizo el silencio, y de una de las chabolas emergió una mujer. La joven se vio arrastrada ante ella sin poder evitarlo, aunque, curiosamente, no sentía temor alguno. La mujer la examinó de pies a cabeza y luego dijo algo. La que chapurreaba latín sonrió a Aurea y, para su sorpresa, le levantó las faldas hasta las rodillas.

—¡Pero...!

No tuvo tiempo de protestar, la mujer de la chabola se inclinó y pasó sus dedos por la cicatriz que le cruzaba media pantorrilla, una marca que siempre había tenido y cuyo origen desconocía. Después se alzó y la joven constató atónita que la mujer lloraba.

—Ona —dijo, y luego la estrechó entre sus brazos.

No regresó. Le dijeron que se había perdido durante la recogida de las bellotas del encinar cuando tenía cuatro inviernos, que la anduvieron buscando durante muchas jornadas, que creyeron que había sido devorada por los lobos de las peñas y que Aiza, su madre, había sufrido su ausencia cada día desde entonces, y con ella los demás. Todos tenían lazos de parentesco, a todos les dolía la pérdida de un miembro del grupo. Ona dejó de ser Aurea la sierva y pudo por fin abrazar a su madre como hacían los niños que veía en las calles de Oiasso.

Transcurridos dos años, unida a Xabat, el joven del mercado, y embarazada de su primer hijo, Ona pidió a su compañero que la acompañara al puerto. Tenía que coger algo que le pertenecía, y nadie reconocería en la joven a la esclava huida, cubierta desde el cuello con una túnica y una toca vasca en la cabeza. Bajaron por tanto y se dirigieron a la *domus* Marcia. La portezuela que daba paso a la cocina estaba rota y, por el mal estado del huerto anexo, no parecía haber nadie en la vivienda.

—Está vacía—los informó un carbonero, que tiraba de un carro e iba repartiendo el carbón por las casas—. Dicen que al amo lo ejecutaron en Roma y que su mujer e hija se quedaron a vivir con unos parientes de por allí.

—¿Y de quién es ahora la casa?

—De nadie.

La joven no lo pensó y entró. A la vista estaba que la vivienda había sido saqueada; apenas quedaba algún cacharro roto en lo que antes había sido la hermosa cocina de los Marci, siempre repleta de utensilios y víveres. No se detuvo demasiado, levantó la piedra de sus secretos, cogió los collares y pulseras de piedras, así como las monedas que le habían dado por las ventas, y salió sin volver la vista atrás.

—¿Qué buscabas ahí dentro? —le preguntó Xabat.

Ona respondió con una sonrisa y se puso uno de sus collares, el primero que había fabricado, el más tosco, pero también aquel que la había hecho sentirse libre por primera vez en años de servidumbre.